

Sentido común e islamofobia en las producciones culturales

Aunque el rechazo a los musulmanes se produce en un contexto de hostilidad hacia los inmigrantes y minorías étnicas en general, es imposible desconocer cómo se ha reforzado por el impacto, sobre todo, de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y de los ocurridos en Madrid y Londres. La centralidad mediática de los mismos fortaleció los estereotipos que ya existían sobre los individuos que integran la comunidad musulmana, unificando el comportamiento y la identidad cultural de todos, en uno, ignorando la diversidad. Consecuentemente, a partir de entonces, se acrecentó la percepción de “el musulmán” como ajeno a los valores de la sociedad occidental, caracterizado por el fanatismo, el fundamentalismo y la irracionalidad. En definitiva, todo musulmán (o quien parezca serlo) puede ser considerado un potencial terrorista. En esta percepción, la necesidad de seguridad y autoprotección se impone a la de integración. Pero, en este caso, la concepción de autoprotección va más allá de la supervivencia física, porque también se considera que está en peligro la identidad social y cultural de Occidente.

En este contexto de temor generalizado, los partidos de extrema derecha evolucionaron desde una posición global xenófoba a una “especialización” en el discurso explícitamente antimusulmán. Aunque en la actualidad se considera que la población musulmana en Europa representa al 5% de la población, existe un sentimiento generalizado acerca de que el continente está siendo invadido por integrantes de una comunidad que no quieren ni pueden asimilarse. Como consecuencia de ello, intelectuales y políticos de un espectro ideológico que ha excedido a la extrema derecha, advierten sobre el peligro de la “islamización” de la sociedad occidental. Se extiende, así, un creciente resentimiento hacia el discurso de la diversidad, basado en la creencia de que la integración ha fracasado por la incapacidad de la población musulmana –inmigrante o no– de adaptarse a la cultura europea y de adoptar sus normas y valores. También están quienes argumentan que la aceptación de las minorías debe condicionarse a la asimilación absoluta de estas a las normas culturales de los países receptores. Esto significa que, solo podrán formar parte de ellos, quienes dejen atrás sus propias tradiciones y estilos de vida. Un ejemplo de la tensión que esta postura genera, es la controversia que despierta en diferentes países el uso del pañuelo que en muchos casos se ha convertido en el leitmotiv de la islamofobia. Sus detractores suelen considerarlo un símbolo evidente de la subordinación y discriminación que sufren las mujeres musulmanas, y su uso es presentado como la materialización de la opresión de la que son víctimas. Sin embargo, esto no es así para muchas mujeres musulmanas quienes lo consideran, por el contrario, una señal de su identidad y un símbolo de liberación.

La mencionada percepción acerca de la pérdida de la identidad europea en manos de los musulmanes, se convirtió en la principal impulsora de la “actualización” de la teoría del Gran Reemplazo o la Gran Sustitución. Camus y Zemmour, reemplazaron a “el judío” –identificado como “el otro” por Maurice Barrés, el padre del nacionalismo francés– por “el musulmán” y sus ideas adquirieron mayor difusión y relevancia no solo a través de discursos políticos, sino también de los medios masivos de comunicación y especialmente

de las redes sociales, que se convirtieron en espacios donde se concentran las posiciones más radicalizadas. Es allí donde circulan con mayor rapidez los discursos de odio, que se incrementan por acontecimientos puntuales como los atentados yihadistas. Contribuyen de este modo, a la progresiva normalización de la retórica antiinmigrante y antimusulmana.

Entre todas las redes sociales, X (antes Twitter) se ha convertido en la predilecta para manifestar y difundir opiniones políticas ya que cuenta con más de 400 millones de usuarios. Suele ser el espacio en el que la narrativa antiinmigratoria tiene mayor presencia, difundiendo datos –ciertos o no– a través de los cuales criminaliza la figura del inmigrante y culpa a la diversidad y a la multiculturalidad por la pérdida de la identidad de la sociedad europea. Para ello, utiliza herramientas como la desinformación a través de bots o perfiles falsos, narrativas disruptivas que superan lo “políticamente correcto” y/o discursos de odio. En los mensajes se emplean términos de contenido bélico como invasión, conquista y cruzadas, a los que se suman reacciones emocionales frente a hechos de alto impacto. Por ejemplo, tras los atentados de 2017, en Cataluña el hashtag #Stopislam, se convirtió en trending topic en España, aunque, es necesario aclarar, que hubo al mismo tiempo un considerable número de tuits de protestas.

Las redes no solo son simples transmisoras de discursos de odio: también se las utiliza para, a través de ellos, anticipar crímenes de odio. Así sucedió con el Manifiesto publicado por Brenton Tarrant antes del ataque a las mezquitas de Nueva Zelanda. Pero no fue el único caso: el 19 de febrero del 2020, Tobías Rathjen, por ejemplo, atentó contra dos bares de inmigrantes en la ciudad alemana de Hanau que dejó 10 muertos y varios heridos. Antes de actuar, al igual que Tarrant, subió un manifiesto a sus redes sociales en el que no solo expresaba su xenofobia y misoginia, sino que, además, reivindicaba al militante noruego de ultraderecha Andres Breivik –considerado “el santo” o “el comandante” por sus seguidores– quien mató en el año 2011 en las afueras de Oslo, a 77 personas en un campamento de verano de las juventudes socialistas. Antes del atentado, Breivik, también compartió por redes un documento titulado “2083. Una declaración de independencia europea”, en el que denunciaba “al marxismo cultural y a la inmigración musulmana.” Según el escrito, su acción tenía por finalidad despertar a los europeos e instarlos a rebelarse contra “los males del multiculturalismo.” Lamentó en él, que Europa se hubiera desviado de lo que consideraba las idílicas normas sociales de la década de 1950, con roles de género estrictos y una población étnicamente homogénea.

Breivik, quien se presentó en las audiencias del juicio en el que fue condenado a 21 años de prisión haciendo el saludo nazi y con un cartel en el que podía leerse “Heil Hitler”, declaró que su ataque al campamento juvenil se debió a que a él asistían hijos de políticos liberales noruegos que abrazan a los musulmanes y son portadores de una ideología que acepta culturas ajenas al sentir noruego y europeo en general. A través de su narrativa, culpó de todos los males sociales de Europa a los inmigrantes que introducen el crimen y el terrorismo. Estas mismas ideas son cultivadas por miles de activistas de la llamada alt-right en Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, entre otros países.

Resulta necesario aclarar que las acciones que visibilizan sentimientos islamófobos no siempre se ponen de manifiesto en situaciones extremas, como las relatadas. La organización Tell MAMA –un proyecto nacional creado en el Reino Unido entre los años 2021 y 2023 que registra y mide incidentes antimusulmanes y brinda apoyo a sus víctimas– estimó que después de los ataques en Manchester y Londres en 2017, se registraron aumentos de los crímenes de odio y ataques islamófobos que incluyeron atentados a mezquitas, ataques a mujeres musulmanas a quienes les quitaron el velo violentamente así como agresiones de todo tipo en la vía pública o a través de las redes sociales. A esto debe sumarse, por ejemplo, la realización una masiva campaña en el año 2018, denominada “El día de castigo a un musulmán” (Punish Muslim Day), que incentivó

ataques de todo tipo contra esa minoría.

Ahora bien, durante los últimos años, los sentimientos antimusulmanes en el ámbito político también se hicieron más visibles en Estados Unidos. En noviembre de 2017, la administración de Donald Trump aprobó la normativa 13.769 que bloqueaba la entrada a ese país de manera indefinida, a refugiados procedentes de Siria y prohibía durante 90 días la entrada a todo individuo proveniente de alguno de los 7 países mayoritariamente musulmanes, esto es, de Irán; Irak; Libia; Somalía; Sudán; Siria y Yemen.

Aunque las Cortes Federales bloquearon la normativa temporalmente y luego la modificaron, no fue anulada hasta el año 2021, luego de la asunción de Joe Biden. Pero esto no significó el fin de la polémica: en el año 2023, en la Cumbre Anual de la Coalición Judía Republicana, Trump sostuvo que, de llegar nuevamente a la presidencia, directamente prohibiría la entrada de musulmanes al país.

El creciente fanatismo antimusulmán en Estados Unidos no se alimenta solo de discursos políticos cada vez más radicalizados: en algunos films y series estadounidenses, los musulmanes suelen ser presentados como enemigos declarados de Occidente. En verdad, la industria cultural cinematográfica ha servido a lo largo del tiempo, para demonizar a ocasionales enemigos: una vez finalizada la Guerra Fría, la Unión Soviética y sus aliados fueron reemplazados por el mundo árabe, presentado como un universo musulmán homogéneo. Se anticipaba así, el “choque de civilizaciones”

Después del atentado a las Torres Gemelas, los conflictos entre ambas civilizaciones se multiplicaron en films de género bélico y dramático. Tuvieron no solo una gran repercusión y acogida en el público sino, además, considerables reconocimientos de la Academia de Hollywood. Pero, tal vez más que las películas, son las series difundidas a través de plataformas, las que tienen mayor impacto en múltiples y diferentes espectadores de distintos puntos del planeta.

Las grandes audiencias alcanzadas por las series de ficción facilitan la intervención de manera profunda en el imaginario colectivo de la sociedad en relación a roles, normas y modelos. En consecuencia, pueden utilizarse para reforzar estereotipos o para desarmarlos, de acuerdo a las decisiones de productores y cineastas. Algunos investigadores han demostrado que, series como *Homeland* (2011/2020), *The Looming Tower* (2018), *Jack Ryan* (2018) o *Strike Back: Retribution* (2018), han creado relatos peyorativos sobre la comunidad y la cultura árabe-islámica con claras intenciones ideológicas, en tanto atribuyen a grupos, comportamientos y actitudes propios de individuos singulares. No hay matices ni excepciones. Todo conduce a la creación de estereotipos como, por ejemplo, que los musulmanes son sospechosos de profesar el fundamentalismo religioso, o que son enemigos “del mundo civilizado”. De esta forma, se construye una narrativa mediática que promueve la representación de un “nosotros” y “ellos” de manera reduccionista, monolítica y antagónica, en la que “nosotros” (o sea occidente) se identifica con los buenos y “ellos” (no occidente) con los malos. Esta forma de propaganda encubierta a través de la imagen, tiene un alto poder persuasivo y una gran capacidad para influir emocionalmente en sus espectadores.

Sin embargo, existen excepciones. La serie “*The night of*” (2016), por ejemplo, ofrece una visión diferente del mismo problema: señala la estigmatización y los prejuicios que están presentes en la islamofobia. A lo largo de sus 8 episodios, narra la historia de Nasir Khan Naz, un joven norteamericano de origen pakistaní, que es condenado por el asesinato de una mujer en una noche de juego, alcohol, drogas y sexo que comparten. A partir de ahí todo confluye en torno a la investigación policial, el juicio y los cambios en la vida de Naz. La serie busca “poner el foco” en las posibilidades de integración o en el rechazo de quienes conforman las comunidades árabe-islámicas en los Estados Unidos. Y esto se hace evidente cuando, luego de la muerte de la mujer, toda la comunidad en la

que vive Naz –salvo 3 personas– le da la espalda considerándolo culpable desde el primer momento, solo por ser musulmán. Su creencia islámica es suficiente para condenarlo. El protagonista representa, en este caso, a una víctima de la estereotipación negativa que impera en los Estados Unidos, sobre todo, después del 11 de septiembre del 2001.

Al igual que en Europa, también aquí el crecimiento de la islamofobia se presenta acompañado por la difusión de la teoría del Gran Reemplazo, aunque con ciertas particularidades: el temor a la sustitución de la población por parte de una cultura “invasora,” no responde solo a la presencia de musulmanes sino, además, y quizás, sobre todo, de población negra y latina. Prueba de ello, por ejemplo, fue el ataque perpetrado por Payton Gendron en el año 2022, quien eligió Buffalo –una localidad de alta concentración de población negra– para atacar a los clientes de un supermercado que terminó con el asesinato de 10 personas. Esta “versión adaptada” de la teoría del Gran Reemplazo, se vincula con el contenido de la novela Los diarios de Turner publicada en 1978, por William Luther Pierce bajo el seudónimo de Andre Macdonald. En ella se vaticina una guerra racial en el año 2099 que conduciría al exterminio de los no blancos. Los diarios de Turner – considerada la Biblia de la derecha racista por el FBI– ha inspirado decenas de ataques terroristas de ultraderecha: desde la voladura de los edificios del gobierno en Oklahoma en 1995 que dejó un saldo de 198 muertos, hasta el mencionado ataque de Breivik en Noruega.

En consonancia con el “modus operandi” de quienes cometen ataques contra minorías étnicas en Europa, Gendron también publicó on line un manifiesto en el que llamó a los blancos a despertarse y a matar afroamericanos y judíos. En el mismo, abundan comentarios racistas que se relacionan con el Gran Reemplazo: Los clientes que compran en esta tienda proceden de una cultura que pretende reemplazar étnicamente a mi propia gente. Afirmó, además, que el gobierno y las empresas están alentando el “genocidio blanco,” al elevar las tasas de inmigración para mantener el capitalismo global.

Este tipo de argumentación, también puede rastrearse en quienes trabajan en algunos medios masivos de comunicación. El periodista Tucker Carlson –ex presentador de Fox News y cercano a Donald Trump–, ha expresado en reiteradas ocasiones su preocupación por la pérdida de poder político y social de los estadounidenses blancos debido a la diversidad racial del país. Un estudio realizado por el diario New York Times señaló que, en 5 años, Carlson expresó en 400 ocasiones que políticos demócratas o representantes de otros partidos, intentan forzar un cambio demográfico a través de la inmigración.

Flavia Affranchino y María del Carmen Correale